

Carlos Escolà
Licencia para matar

Una historia del tabaco en España



Índice

Portada

Dedicatoria

Introducción

1. El origen del mal

2. La mayor conspiración social de la historia

3. España legisla contra la epidemia

4. Los enfermos claman justicia

Epílogo

Bibliografía

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A mi mujer, Mónica, y a mis hijos, Blanca y Néstor,
por un futuro sin humo*

INTRODUCCIÓN

Fumar no es una forma de libertad, sino de esclavitud.

ROBERT N. PROCTOR

Con quince años tuve la suerte de participar en la representación teatral de la obra *Momo*, de Michael Ende. Me tocó el papel de jefe de los hombres grises y, con un gran cigarro en la mano derecha, mi voz fría retumbó ante un escaso foro estudiantil: «Todos sabemos que nuestros almacenes de tiempo albergan ya tal cantidad de reservas, que incluso un múltiplo de la pérdida de la que se trata no nos pondría en un peligro serio. ¿Qué es una vida humana? ¡Una pequeñez!». Las grandes multinacionales del tabaco se han convertido en el auténtico Banco del Tiempo de la Humanidad y, como aquel que gestionaban los hombres grises — que querían eliminar a Momo porque sabía la verdad—, hace acopio de los minutos, horas y años de los millones de personas que cada día ven menguada su vida bajo el influjo de una existencia supuestamente más placentera. Un trueque, el del negocio de la nicotina, que no parece nada justo: fumar a cambio de enfermedad y una muerte prematura. De la eficacia de la estrategia comercial de las tabaquerías depende la vida de millones de seres humanos. La Organización Mundial de la Salud (OMS) estima que entre cinco y seis millones de personas fallecen cada año en el pla-

neta a causa de enfermedades tabáquicas y augura que serán siete millones de víctimas a partir de 2030.¹ En España, las bajas anuales ascienden a cerca de 60.000.²

Sin sus grandes cigarros, los hombres grises no podían existir, se desvanecían como el humo, igual que los magnetes de la nicotina no podrían incrementar sus fortunas si las personas no consumiesen un pitillo tras otro. Y es que el negocio del tabaco es el perfecto ejemplo de capitalismo sanguinario: cuantas más personas mata, mayores son sus beneficios. El truco reside en asegurar el relevo generacional y en colonizar países en desarrollo a medida que la parte del planeta supuestamente más avanzada va poniendo coto a tanta barbarie con leyes antitabaquismo. Compañías como Philip Morris, British American Tobacco, Brown & Williamson o R.J. Reynolds han dedicado grandes esfuerzos a poner cigarrillos en la boca de los adolescentes, la capa de la población más fácil de manipular y la que más beneficios les reportará a lo largo de su vida. La nicotina es un veneno que ofrece una muerte lenta y les convienen adictos de temprana edad para exprimir su existencia. Lo explicó muy bien Terence Sullivan, responsable de ventas de R.J. Reynolds, en su declaración ante el gran jurado durante los litigios de los años noventa en Estados Unidos:

«Estábamos convirtiendo a los niños en nuestro objetivo, y yo dije en ese momento que lo que hacíamos no era ético y probablemente era ilegal, pero me dijeron que esa era justamente la política de la compañía». Sullivan recuerda que alguien preguntó sobre el tipo de jóvenes a los que la compañía se dirigía, ¿estudiantes de secundaria, niños o incluso más jóvenes? La respuesta fue: «¿Tienen labios? Los necesitamos». No es de extrañar que los españoles se inicien en el tabaco a los 13 años, una edad también bastante habitual en otros países. Además de incitar a los menores a fumar e ir en contra de su salud, hay que recordar que las tabaqueras jamás han reparado en los terribles efectos so-

bre el asma infantil, pues muchos menores han sido convertidos en fumadores pasivos forzosos. En una junta de accionistas de 1988, el presidente de R.J. Reynolds, Charles Harper, aseguró sobre estas cuestiones que «si los niños no desean estar en una habitación llena de humo, se irán». Cuando un accionista le preguntó sobre el caso de los bebés, Harper le contestó sin inmutarse: «Antes o después aprenden a gatear».³

Sobre los 13 años empezaron a fumar mis tres hermanos mayores. En mi caso, la decisión de no fumar fue un acto de rebeldía, puesto que también fumaban mis padres, mis abuelos, mis tíos... Fumar no era una novedad. Lo nuevo, lo realmente transgresor para mí era rechazar los pitillos de Winston, Lucky Strike o Fortuna, las marcas familiares junto a los Ducados y Rex que fumaba mi abuelo, que un día dejó de respirar, muy lentamente. Aún recuerdo las manchas amarillas de su mano derecha de cuatro dedos — uno lo perdió durante la Guerra Civil— sujetando un Rex consumido hasta el filtro mientras daba sorbos al austero café con leche de cada mañana. También me viene a la memoria cuando mi hermano mayor llegaba a casa de madrugada, un sábado por la noche, y cómo podía seguir sus pasos en la penumbra hasta la cama de enfrente gracias al destello de un incandescente y humeante Lucky Strike. De esa misma marca eran los cigarrillos de chocolate que cada día de Reyes encontraba en mis zapatillas. Mis padres los compraban sabiendo que me encantaban, y no por sugerencia de los Reyes Magos precisamente. Ellos no lo sabían, pero la industria se preocupó de que los fabricantes de golosinas elaborasen pitillos para niños para ir educándolos de cara al futuro, tal como revelan algunos de los documentos desclasificados durante los juicios contra las tabaqueras americanas. Aquí es donde nace la verdadera perversión del negocio del tabaco: en el engaño. Los mercaderes de la muerte saben desde hace más de medio siglo las consecuencias reales que acarrea fumar, y no solo

las han ocultado durante décadas, sino que han perfeccionado la adicción mortal con nuevos aditivos para potenciar los efectos de la droga. Y lo paradójico es que todo es legal y no hay que disculparse por ello, al menos en España y en el resto de Europa. En Estados Unidos, las grandes multinacionales han pedido perdón por mantener engañados durante décadas a los consumidores y han tenido que compensar a los fumadores enfermos con indemnizaciones millonarias por su macabra estrategia comercial, mientras que, en Europa, los Estados y el poder judicial ofrecen inmunidad a las compañías de cigarrillos; tienen licencia para matar. Aquí lo único que se penaliza es el contrabando, es decir, defraudar a la Hacienda pública.

Pero imagínense por un momento que el tabaco no ha existido hasta el día de hoy y que alguien lo inventa y pide los permisos necesarios para poderlo comercializar. ¿Los gobiernos darían su visto bueno a un producto que es adictivo, que hace esclavos de una nicotina potenciada con numerosos aditivos y que mata a millones de personas cada año tras hacer estragos en los recursos de los sistemas sanitarios y hace sufrir a millones de personas a las que provoca cáncer y otras muchas enfermedades? Yo creo que no, y es evidente que algún día habrá que plantearse seriamente la abolición gradual del tabaco. De hecho, ya hay algunas instituciones como Citigroup, la mayor empresa de servicios financieros del mundo, que augura que no habrá ni un solo fumador en 2050 en el Reino Unido y en algunos otros países desarrollados⁴ porque, tal como asegura el historiador Robert N. Proctor, «fumar no es una forma de libertad, sino de esclavitud».

En este libro se analiza la estrategia comercial que han seguido las tabacaleras en España, el país que *descubrió* el tabaco en el Nuevo Mundo, así como las dificultades del movimiento antitabaquista en su lucha contra esta epidemia y cómo el sistema político y judicial español ha protegido en muchas ocasiones al gran poder económico que re-

presentan las grandes multinacionales de la nicotina frente a los miles de enfermos que piden justicia en los tribunales por haberse envenenado a través del engaño.

1

EL ORIGEN DEL MAL

El origen del tabaco se pierde en el tiempo, aunque está claro que proviene de América, en donde crecen desde la Prehistoria la *Nicotiana rustica* y la *Nicotiana tabacum*, las dos especies más apreciadas de las 68 variedades de esta planta. Los expertos calculan que su historia podría remontarse a unos 18.000 años atrás. Algunos se atreven a situar los primeros cultivos en la zona amazónica entre Ecuador y Perú, entre 5.000 y 3.000 años antes de Cristo. A diferencia de la patata, el maíz o el chocolate, el tabaco no es alimenticio, aunque los indios lo tomaban entre otras cosas para apaciguar el hambre, y lo hacían de una forma hasta el momento inédita en Europa, la inhalación. Cuando una persona fuma, la nicotina llega muy rápidamente a la sangre a través de los pulmones y de ahí pasa en pocos segundos al cerebro. Solo una inyección intravenosa puede ir más rápido. Los indios también consumían el tabaco en polvo, que aspiraban por la nariz, como luego la Francia de Luis XIV pondría de moda entre la aristocracia europea. Lo masticaban, bebían, comían y hasta se lo untaban en el cuerpo para quitarse los piojos o antes de mantener relaciones sexuales, ya que creían que incrementaba la fertilidad de las mujeres cuando iban a perder su virginidad. Era útil como pesticida ante las plagas o incluso como enema. Aún hoy hay quien dice, seguramente con razón, que un café y un pitillo a primera hora de la mañana son el mejor purgante.

Pero el éxito del tabaco radica en su condición de droga, muy utilizada por los chamanes en sus ritos mágicos y medicinales. Sus propiedades analgésicas y antisépticas podían ser útiles ante un fuerte dolor de muelas o la mordedura de una serpiente. Los primitivos sacerdotes consumían grandes dosis, cigarros de hasta un metro de longitud que a veces mezclaban con otras drogas en sus ritos de iniciación y viajes espirituales con los que el brujo de la tribu buscaba defender a los suyos de enfermedades y espíritus malignos. Los viejos chamanes o los behiques de Cuba debieron ser, a buen seguro, los primeros en sufrir cáncer de pulmón hace centenares de años.

El tabaco tenía una importante función social y los indios lo obsequiaban como muestra de amistad y hospitalidad. Cristóbal Colón no supo apreciar a primera vista la utilidad de la planta al despreciar el obsequio de unas hojas secas, junto a frutos y abalorios, que le regalaron los primeros indígenas con los que mantuvo contacto. El 11 de octubre de 1492 fue el propio Colón el que vio las primeras señales de vida tras cruzar el océano Atlántico en busca de nuevas rutas hacia Asia. Desde alta mar vio unas lucecitas que se apagaban y encendían y que, según relata fray Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, provenían de las pequeñas antorchas o «candelillas» que los indios utilizaban por la noche para llegar hasta las letrinas y «cumplir con sus necesidades naturales». Al día siguiente, 12 de octubre, la exhausta tripulación llegó a la costa, a la isla que Colón bautizó como San Salvador y que hoy forma parte de las Bahamas. Pese a que el Almirante se hizo con la propiedad de la isla en nombre de sus Majestades los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, los indígenas salieron pacíficamente al encuentro e intercambiaron presentes con los recién llegados. Decidió proseguir su camino convencido de que estaba muy cerca de una importante ciudad de Oriente, cuando en realidad ya había *descubierto* América, el Nuevo Mundo. El 28 de octubre, las tres carabelas espa-

ño las llegaron a la isla de Cuba. Colon quería hablar directamente con el rey de los nativos y envió tierra adentro a dos de sus hombres de mayor confianza, Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, los primeros cristianos que probaron el tabaco. Su misión era hallar al rey de las nuevas tierras para entregarle algunos presentes en nombre de los soberanos de Castilla. Rodrigo de Jerez, amigo personal de Colón, y Luis de Torres, un judío converso experto en latín, hebreo y que chapurreaba el árabe, partieron un viernes 2 de noviembre y regresaron el lunes siguiente. Como los escritos de Colon sobre el descubrimiento de América se perdieron, la primera referencia de lo que relataron los expedicionarios hay que buscarla en la transcripción que Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, realizó años más tarde del *Diario de a bordo* de Colón o en su *Historia de las Indias*. De ahí sale la primera referencia histórica y bibliográfica sobre el tabaco, fechada el 6 de noviembre de 1492: «Hallaron estos dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos, mujeres y hombres, siempre los hombres con un tizón en las manos, y ciertas hierbas para tomar sus sahumeros, que son unas hierbas secas metidas en una cierta oja, seca también, a manera de mosquete hecho papel, de los que hacen los muchachos la pasqua del Espíritu Santo, y encendido por una parte dél por la otra chupan, ó sorben, ó reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborracha, y así, diz que, no sienten el cansancio. Estos mosquetes, ó como los llamaremos, llaman ellos tabacos». Rodrigo de Jerez y Luis de Torres se engancharon rápidamente al tabaco, una costumbre que Bartolomé de las Casas desaprobaba porque «era vicio» y que los nuevos adictos justificaban al ser reprendidos por la Iglesia en «que no era en su mano dejarlos de tomar». «No se qué sabor ó provecho hallaban en ellos», se lamentaba el obispo, aún desconocedor de las propiedades adictivas de la nueva planta. La adicción al tabaco no se vio al principio con bue-

nos ojos por parte de la Iglesia, sobre todo por su utilización por parte de los chamanes, en lo que vieron la invocación a Satanás. A su regreso a España, Rodrigo de Jerez, el primer fumador europeo, fue encarcelado durante tres años por la Inquisición acusado de haber fumado en público. Este desprecio por el tabaco se observa asimismo en el relato que hizo en 1535 Gonzalo Fernández de Oviedo, gobernador de La Española, la isla que hoy comparten Haití y la República Dominicana: «Entre otros malos hábitos, los indios practican uno que resulta especialmente nocivo: la ingestión de cierto tipo de humo que denominan tabaco, y que los deja sumidos en un estado de estupor. Sus jefes emplean un tubo en forma de Y, repleto de la planta a la que han prendido fuego, y se insertan en las narices los dos extremos de la horquilla. Y así es como aspiran el humo hasta quedar inconscientes y tirados en el suelo como sumidos en un estado de extrema ebriedad». Fernández de Oviedo recuerda cómo los soldados españoles incrementaron el consumo de tabaco cuando los indígenas les contagiaron la sífilis porque, tal como relata en su *Historia general y natural de las Indias*, «dicen que cuando se encuentran en el estado de éxtasis que les produce el tabaco, no sienten dolor».

COLÓN NO BAUTIZÓ AMÉRICA PERO SÍ LOS CIGARRILLOS

Bartolomé de las Casas es la primera persona que deja constancia de la utilización de la palabra *tabaco*, y lo hace para referirse más al acto de fumar que al producto propiamente dicho. La palabra «tabaco» la toma de la forma con que los indígenas del Caribe denominaban a los utensilios, en forma de Y, que utilizaban para consumir la solanácea. Hay quien también se atreve a aventurar que proviene de las palabras *toaka* o *twakatako* que los indígenas de la América precolombina utilizaban para referirse al tabaco.

Los nativos de Cuba denominaban a la planta *cohíba* o *cojiba*, tal como se conoce hoy a los mejores puros habanos del mundo, mientras que en la zona de Brasil se la llamaba *petun*, en la región azteca *picietl*, en Paraguay *pety...* palabras que recuerdan al coloquial «pito» o «pitillo». Más adelante, los indios españoles llamaron «tigarrillos» a los rollos de la planta que elaboraban para fumar, palabra que evolucionaría hacia la de «cigarrillos» debido a que la t se escribía muy baja y curvada y se acabó transformando en una c. Otra de las primeras descripciones históricas del tabaco fue recogida por el religioso Ramón Pané entre 1493 y 1496 al explicar cómo actuaban los «médicos» de las tribus indígenas: «Es preciso que el médico se purgue también como el enfermo, y para purgarse toma cierto polvo llamado cohoba, aspirándolo por la nariz, el cual les embriaga de tal modo que luego no saben lo que se hacen». La misión española de Cristóbal Colón no dio nombre a su mayor descubrimiento, pues el continente finalmente fue bautizado en honor del italiano Américo Vesputio, pero sí logró etiquetar la que a la postre sería la droga más extendida en todo el mundo, el tabaco.

Europa iba así descubriendo poco a poco, con recelo, la costumbre de fumar tabaco, una de las materias primas que acabó llevando a España y a otros países europeos como Inglaterra a colonizar el Nuevo Mundo. Pero antes que tabaco, los españoles buscaban oro y fue una de las primeras expediciones, en 1518, la que dio pie a Bartolomé de las Casas a volver a referirse al tabaco en sus escritos. Se trata de la expedición del capitán Juan de Grijalva, al que el gobernador de la isla de Cuba, Diego Velázquez, mandó proseguir con el descubrimiento de la región del Yucatán, iniciado por Francisco Hernández de Córdoba y que remataría posteriormente el indomable Hernán Cortés con la colonización de México y la aniquilación del pueblo azteca. En uno de sus encuentros con los nativos, a los que Grijalva y sus hombres no cesaban de interrogar sobre dónde po-

dían encontrar el preciado metal, los indios «dieron a cada español un cañuto encendido, lleno de cosas aromáticas, muy odoríferas a la manera de unos mosquetes hechos de papel de los cuales traen hacia sí el humo con el resuello, y sádeles por las narices». Gracias a las experiencias de Grijalva, que acabó siendo otro fumador empedernido, el obispo de Chiapas se atrevió no solo a pulir su descripción inicial del tabaco y del mecanismo de fumar, jamás visto hasta el momento en Europa, sino a hablar del placer del olor del tabaco. Hay que recordar que en otros continentes, desde tiempo inmemorial, fumar iba asociado al placer. Es el caso de África, en donde se fumaba cannabis, y el de Asia, consumidor de opio, aunque en ambas culturas se trataba de un tipo de consumo mucho más restringido y con efectos severos en la conducta del fumador.

Hernán Cortés y sus hombres también fueron refractarios al tabaco, sobre todo al ver cómo era utilizado por los aztecas y su todopoderoso rey Moctezuma, que lo inhalaba cada día tras comer de los 300 platos que le preparaban sus hermosas sirvientas. Cortés vio en el pueblo azteca y su religión, muy dada al sacrificio humano, un motivo para rechazar un hábito impío y casi diabólico. La colonización española aniquiló a pueblos enteros como el azteca o el inca, a millones de indios que murieron esclavizados o infectados por las nuevas enfermedades que portaron los europeos. Un genocidio que, paradójicamente, los pueblos nativos de América han vengado sin saberlo con la propagación de su original planta, que tantas muertes ha venido causando en Europa y en todo el mundo durante estos últimos cinco siglos. Así lo vio ya Francisco de Quevedo, que en un pasaje de sus obras completas dijo: «Allí llegaron el diablo del tabaco y el diablo del chocolate, que, aunque yo los sospechaba, nunca los tuve por diablos del todo. Estos dijeron que ellos habían vengado a las Indias de España, pues ha-